

leguas de la isla. Dice Colon en el mismo diario, hablando de Guanahani: esta isla es muy llana y sin ninguna montaña.

LIBRO IV.

CAPITULO PRIMERO.

PRIMER DESEMBARCO DE COLON EN EL NUEVO-MUNDO.
(1492.)

CONTEMPLÓ por vez primera Colon el Nuevo-Mundo el viernes 12 de octubre de 1492. Al rayar la aurora empezó á aparecerse una bella y llana isla de algunas leguas de circuito, muy verde, muy lozana cubierta de árboles, cual si fuera dilatada floresta. Aunque todos los objetos parecían existir aun en la lujosa libertad de la inculta naturaleza, estaba la isla poblada, y se veían salir los habitantes de los bosques, y correr hácia la orilla adonde se paraban absortos contemplando los bajeles. Todos estaban perfectamente desnudos, y sus actitudes y gestos indicaban la mas profunda maravilla. Colon mandó echar ancla y armar los botes. Entró en el suyo ricamente vestido de escarlata, y con el estandarte real en la mano; mientras Martin Alonso Pinzon, y Vicente Yañez, su hermano, ocuparon los otros, ambos llevando banderas de la empresa con una cruz verde por blason, y las letras F é I., iniciales de los monarcas de Castilla, Fernando é Isabel, con sus coronas encima.

Grande fue su alegría cuando vieron las extensas florestas que embellecían sus playas, vista que les hizo redoblar sus esfuerzos para llegar á aquella orilla de la cual tan corto espacio los separaba ya. Estaban los árboles de la costa cargados de frutos de tentador matiz, pero desconocida especie. La pureza y suavidad de la atmósfera, la diafanidad de las aguas que bañan aquellas islas, les daban inexplicable belleza, y produjeron mucho efecto en el ánimo de Colon, tan susceptible de este género de impresiones. No bien hubo desembarcado, cuando se arrodilló reverentemente, besó la tierra, y dió gracias al Todopoderoso con lágrimas de alegría. Imitaron los de la comitiva su ejemplo con el corazón rebosando de gratitud y alegría. Colon se levantó despues, desnudó la espada, y tremolando el estandarte real, llamó al rededor suyo á los dos capitanes, á Rodrigo de Escovedo, escribano de la escuadra, á Rodrigo Sanchez y los demas que habían desembarcado, y tomó posesión de la isla en nombre de los monarcas de Castilla, dándole el nombre San Salvador. Cumplidas las ceremonias y formas necesarias, exigió de los presentes le prestasen el juramento de obediencia, como Almirante y Virey, representante de las personas de los soberanos.

La tripulación dió entonces libre, ruidosa y extravagante muestra de su alegría. Los que no ha mucho temían caminar hácia su tumba, se consideraban ya como favoritos de la fortuna, y se entregaban al mas ilimitado gozo. Su excesivo celo no les permitía separarse del Almirante. Unos le abrazaban; otros le besaban las manos. Aquellos que mas turbulentos é indóciles habían sido durante el viaje, eran entonces los mas asíduos y entusiastas. Algunos le pedían favores, como á un hombre que ya tenia riquezas y honores que distribuir. Ciertos entes vi-les que le habían antes ultrajado con su insolencia, se arrastraban entonces á sus pies, pidiéndole perdón por todos los agravios que le habían hecho, y ofreciéndole para en adelante la mas ciega obediencia. Los naturales de la isla, cuando habían visto aparecer los bajeles con la aurora, rodeando á vela tendida sus costas, los habían supuesto grandes monstruos que habían surgido de las aguas durante la noche.

Acudieron á la playa, y observaban sus movimientos con temerosas dudas. Su virar sin esfuerzo alguno visible, el desplegar y recoger las velas, parecidas á desmesuradas alas, los tenía llenos de sorpresa. Pero cuando vieron venir los botes hácia la orilla, y tan tos séres extraños, vestidos de reluciente acero, ó de ropas de diversos colores, saltar intrépidamente en tierra, huyeron despavoridos á sus bosques. Viendo empero que ni los seguían ni los molestaban, desecharon gradualmente su terror, y se acercaron á los españoles con grandísima reverencia, prostrándose frecuentemente, y haciendo señales de adoración. Mientras duraron las ceremonias oficiales de Colon, se mantuvieron admirando con timidez y asombro el color, las barbas, las resplandecientes armas y las espléndidas ropas de los españoles. El Almirante llamó particular atención por lo elevado de su estatura, por su aire de autoridad, su vestido de escarlata, y la deferencia con que le miraban sus compañeros, todo lo cual daba á entender que era él el comandante. Despues de haberse disipado todavía mas su miedo, se aproximaron á los españoles, les tocaron las barbas, y examinaron las manos y rostros admirando su blancura. Contento Colon con su sencillez, su mansedumbre, y la confianza que ponían en séres que debieron haberles parecido tan extraños y formidables, sufrió aquel escrutinio con la mayor condescendencia. Los admirados salvajes no fueron insensibles á esta benignidad. Suponian ó que los bajeles habían salido del firmamento de cristal que cerraba su horizonte, ó que habían bajado de arriba con sus dilatadas alas, y que los maravillosos séres que venían en ellos serían habitantes de los cielos.

No eran objeto de menor curiosidad para los españoles los habitantes de las islas, por diferenciarse tanto de todas las otras razas de los hombres. Su apariencia no prometía ni civilización ni riqueza; porque iban enteramente en cueros y pintados de varios colores. Algunos teñíanse solo parte de la cara, la nariz ó los párpados; otros extendían este ornato por todo el cuerpo, adquiriendo con él un aspecto fantástico y salvaje. Su cénit era tostado, de color de cobre, y estaban enteramente destituidos de barbas. No tenían los cabellos crespos como las recién descubiertas tribus de la costa africana en la misma latitud; sino lisos y ordinarios, cortados en parte por cima de las orejas, pero dejando algunas mechas detras, que les caían por los hombros y espaldas. Las facciones, aunque oscuras y desfiguradas por la pintura eran agradables; con elevadas frentes y hermosísimos ojos. La estatura mediana y bien formada; los mas de ellos parecían de menos de treinta años, y solo había una hembra muy jóven, en cueros como los hombres, y de bellísimas formas.

Suponiendo Colon que había desembarcado en una isla de la estremidad de la India, nombraba á los naturales con la denominación general de Indios; universalmente adoptada antes de conocerse la verdadera naturaleza del descubrimiento; habiéndose extendido despues á todos los indígenas del Nuevo-Mundo.

Pronto descubrieron los españoles que eran aquellos isleños de disposición suave y amigable, y sencillos é inocentes por extremo. No tenían mas armas que ciertos bastones que usaban con lanzas, endureciendo al fuego una de las puntas, ó poniéndosela de pedernal, ó de espinas de pescado. Desconocían completamente el hierro y sus bárbaras aplicaciones; porque habiéndoles presentado una espada desnuda, la empuñaron incautamente por la hoja.

Distribuyó Colon entre ellos gorros de colores, cuentas de vidrio, cascabeles y otras bagatelas, como las que solían cambiar los portugueses por el oro de la costa africana. Recibían estos dones como joyas

inestimables, poniéndose las cuentas en el cuello gozándose con admiración en su propia elegancia, y absortos de placer con el sonido de los cascabeles. Permanecieron los españoles todo el día en la costa, descansando de su penoso y dilatado viaje, en las ricas arboledas de que estaba cubierta y no volvieron hasta por la noche á bordo, sumamente satisfechos de todo lo que habían visto.

Al despuntar el siguiente día, ya estaba la playa llena de indios, que desvanecido completamente el miedo á los que creyeron de antemano monstruos del mar, venían nadando á los bajeles; montaban otros ligeros barquichuelos, que ellos llamaban canoas, formadas de un solo árbol, y capaces de llevar desde un hombre hasta cuarenta ó cincuenta. Las manejaban diestramente por medio de canales; y si se volcaban, nadaban al rededor con perfecta seguridad como si estuviesen en su natural elemento: restablecían las canoas sin dificultad, y las vaciaban con calabazas.

Mostraban ardientes deseos de adquirir regalos de los blancos, no tanto, segun parecia, porque tuviesen alta idea de su valor intrínseco, sino porque todo lo que venía de los extranjeros, poseía á sus ojos una virtud sobrenatural, creyendo que como ellos provenía del cielo. Hasta recogían los fragmentos de vidrio que encontraban por el suelo, como presea de gran valor. Pocos objetos podían dar en cambio, si se exceptúan los que muchos habían domesticado, y algodón que también poseían en abundancia; y cambiaban grandes ovillos de veinte y cinco libras de peso, por el mas insignificante juguete. También trageron tortas de una especie de pan llamado casava, que constituía la parte principal de su alimento, y fue despues importante artículo de provision para los españoles. Estaba hecho de una grande raíz llamada yuca, que cultivaban en sus campos. Se cortaba esta en pequeños pedazos, se raspaba y prensaba, haciendo de ella una torta extendida y muy delgada, que se endurecía despues de seca, duraba mucho tiempo, y era menester mojarla en agua para comerla. Era insípida, pero nutritiva, y el agua que la prensa le hacía destilar, un mortífero veneno. Había otra especie de yuca sin esta cualidad ponzoñosa, que se comía cruda, cocida ó asada.

No tardó en despertarse la codicia de los descubridores con la vista de algunos pequeños ornamentos de oro que llevaban los indios en las narices: los cuales cambiaban ellos alegremente por cuentas de vidrio y cascabeles; y ambos contratantes se vanagloriaban del ajuste, cada uno sorprendido de la simplicidad del otro. Mas como el oro era objeto de monopolio régio en todas las empresas de descubrimiento, prohibió Colon traficar en él sin su sanción expresa; extendiendo la prohibición al tráfico de algodones, que quiso también reservar para la corona, siempre que se tratase de cantidades considerables.

Interrogaron á los indios sobre el punto donde se hallaba el oro. Respondieron por señas indicando el Sur, y aun se supuso que decían que hácia allí moraba un rey de gran opulencia, y tan rico, que le servían en vajilla de oro labrado. También les pareció entender había tierra hácia el Sur, Sud-Oeste y Nord-Este; y que la gente del último punto viajaba con frecuencia al Sud-Oeste en busca de oro y piedras preciosas; y de camino venían sobre las islas y se llevaban á sus habitantes. Algunos indios enseñaron cicatrices de heridas recibidas en batallas contra los invasores. Es evidente que la mayor parte de esta imaginada inteligencia fue una mera figuración de los deseos y esperanzas del Almirante, porque estaba sometido á un encanto de la mente, que revestia con el ropaje de sus ilusiones cuantos objetos se presentaban ante su vista. Se persuadió de que había llegado á las islas descritas por Marco Polo, como opuestas al Cathay

en la mar china, é interpretaba las indicaciones de los indios con arreglo á la supuesta opulencia de aquellos países. Así los enemigos del Nor-Oeste, de que hablaban los indios, él pensaba que debían de ser las gentes del continente de Asia, los súbditos del gran Khan de Tartaria, á quien el viajero veneciano pintaba acostumbrados á guerrear por las islas, y á esclavizar á sus habitantes. El país del Sur, tan abundante en preciosidades, no podía ser otro que la famosa isla de Cipango; y el rey á quien servían en vasos de oro, debía ser aquel monarca cuya suntuosa ciudad y espléndido palacio cubierto con láminas del mismo metal, había Marco Polo celebrado en tan magníficos términos.

Esta isla, en la cual por primera vez ondeó el pabellón europeo, se llamaba por los naturales de ella Guanahani. Todavía conserva el nombre de San Salvador que le dió el Almirante, aunque los ingleses le llaman Cat-Island, ó isla de Gato. La luz que había visto la noche antes del desembarco, pudo haber estado en la isla de Watling, situada algunas leguas mas hácia el Oriente. San Salvador es una de las Lucayas, ó islas de Bahamá, que se extienden al Sud-Oeste y Nor-Oeste, desde la costa de Florida á la Española, cubriendo el Norte de la costa de Cuba.

Al amanecer del día 14 de octubre saltó el Almirante con los botes de los buques á reconocer la isla, dirigiéndose al Nor-Oeste. La costa estaba rodeada de una banda de rocas, dentro de la cual había fondo y amplitud bastante para recibir todos los bajeles de la cristiandad. La entrada era muy estrecha; se hallaron dentro algunos bancos de arena, pero el agua tan sosegada como en una laguna.

Estaba la isla muy poblada de árboles; tenía muchas corrientes de agua, y un grande lago en el centro. Pasaron con sus botes por dos ó tres lugares, cuyos habitantes de ambos sexos acudieron presurosos á las orillas, postrándose por tierra y levantando los ojos y manos, ó bien para dar gracias al cielo, ó bien en adoración de los españoles como seres sobrenaturales. Corrían paralelamente á los botes, llamando á los españoles, convidándolos por señas á desembarcar, y ofreciéndoles frutas y agua. Pero viendo que continuaban los botes su camino, muchos indios se arrojaron al agua nadando detras de ellos, y otros siguiéndolos en canoas. El Almirante los recibía á todos benigna y halagüeñamente, dándoles cuentas de vidrio y otras bagatelas que tomaban ellos con éxtasis de alegría, como dones celestiales, porque era idea invariable de los salvajes que los blancos habían bajado del cielo.

Continuaron así su curso hasta llegar á una pequeña península que podía separarse en dos ó tres días de la isla, dejándola rodeada de agua, y que consideró Colon por lo tanto excelente situación para una fortaleza. En ella había seis chozas indianas, rodeadas de arboledas y jardines tan hermosos como los de las llanuras de Castilla. Estando los marineros cansados de remar, y no pareciéndole al Almirante la isla de suficiente importancia para colonizarla, volvió á su buque, tomando en él siete indios para que aprendiesen el español, y le sirvieran de intérpretes.

Proveyéronse de leña y agua; y dejaron la isla de San Salvador aquella misma noche: con tal impaciencia deseaba el Almirante continuar sus descubrimientos, tan satisfactoriamente comenzados, y sobre todo llegar á las opulentas regiones del Sur, donde creía encontrar la famosa isla de Cipango.

CAPITULO II.

CRUCERO POR ENTRE LAS ISLAS DE BAHAMA.

(1492.)

DUDABA Colon, al dejar á San Salvador, el rumbo que tomaría. Infinitas islas á cual mas bellas, ver-

des, fértiles y llanas, le convidaban en varias direcciones. Los indios á bordo de su buque le decían por señas que eran innumerables, bien pobladas y en pugna continuamente unas con otras. Nombraron mas de ciento de ellas. Colon supuso inmediatamente que habia llegado al Archipiélago descrito por Marco Polo, como extendido por la costa de Asia, y compuesto de siete mil cuatrocientas cincuenta y ocho islas, abundantes en especias y árboles odoríferos.

Contentísimo con tal idea, eligió la mayor que divisaba como objeto de su próxima visita, á la cual distaria unas cinco leguas, y era, segun los indios, mas rica que la de San Salvador, pues que sus habitantes llevaban brazaletes y otros adornos de oro macizo.

Al acercarse la noche, mandó Colon que se quedaran los buques á la capa, por ser la navegacion difícil y peligrosa entre aquel grupo de islas desconocidas, y seria hartó imprudente el acercarse en la oscuridad á una costa extraña. Por la mañana soltaron de nuevo las velas; pero impidieron su progreso algunas cor-

rientes contrarias, y no pudieron anclar en la isla hasta puesto el sol. A la otra mañana (la del 16) saltaron á tierra, y tomó Colon solemne posesion de ella, llamándola Sta. María de la Concepcion. La misma escena ocurrió con sus habitantes, que con los de San Salvador. Manifestaron la misma sorpresa y asombro, la misma sencillez y gentileza; la misma desnudez y falta de bienes. En vano buscaba Colon con la vista los brazaletes de oro y otros artículos preciosos: todo habia sido ó ficcion de los guias indios, ó mala interpretacion suya.

No encontrando nada en esta isla, que le convidase á detenerse, volvió á bordo, y se preparó para navegar á otra de mucha mayor extension que se veia hácia el Occidente. Uno de los indios de San Salvador, que estaba á bordo de la Niña, viéndose llevar tan lejos de su tierra por aquellos extrangeros, se arrojó al mar, y se refugió nadando á una canoa llena de indios. El bote de la carabela salió en su persecucion; pero los indios resbalaban por la superficie del mar en su ligero batel tan mañosos y veloces, que no pudieron ser alcanzados; y saltando en tierra huyeron como corzos á los bosques. Los marineros tomaron por presa la canoa, y se volvieron á bordo. Poco despues vino otra canoa chica de otra parte de la isla, con un solo indiano á bordo, que traia algodón que cambiar por cascabeles. Como se paró al lado de uno de los buques, temiendo entrar en él, varios marineros se arrojaron al mar, y le prendieron.

El designio de Colon era el sembrar la confianza entre los indios y quiso contrarestar el efecto que la caza de los fugitivos, ó el guia indio que se habia escapado, hubiesen podido sembrar en la isla;

creyendo de la mayor importancia conciliar la benevolencia de aquellos naturales en beneficio de los futuros viajeros. Habiendo visto desde su castillo de popa todo lo que pasaba, mandó que le tragesen el cautivo: el pobre indio llegó temblando de miedo, y ofreció su algodón humildemente como grato donativo.

Le recibió el Almirante con la mayor benignidad, y sin admitir su ofrenda, le puso en la cabeza un gorro colorado, le ciñó los brazos con algunas sargas de cuentas verdes, le suspendió muchos cascabeles en las orejas, y mandando que él y su algodón se acomodasen de nuevo en la canoa, le despidió sorprendido y regocijádísimo. Dispuso tambien que la otra canoa que se habia cogido, y que estaba atada á la Niña, se dejase suelta para que la tomasen sus dueños. Cuando llegó el indio á la orilla, vió Colon á sus compatriotas agolpándose en derredor, examinar con admiracion sus brillantes ornatos, y escuchar la narrativa del generoso recibimiento que habia experimentado.

Tales eran las sábias y suaves medidas que Colon tomaba para dejar entre los indios una opinion favorable de los blancos.

El benévolo y afable trato que Colon y sus subordinados dispensaron al pobre indio, surtió el efecto deseado. Vinieron los naturales por la noche en sus canoas, deseosos de ver aquellos benignos y admirables extrangeros. Rodearon los bajeles, trayendo cuanto su isla producía; frutas,

raices y el agua cristalina de sus manantiales: Colon los distribuyó ligeros regalos, dando á los que subieron á bordo miel y azúcar.

Desembarcó en la mañana, poniéndole el nombre de Fernandina, en honor del rey. Ahora se llama Exuma.

Sus habitantes eran parecidos en todo á los de las islas anteriores, escepto que mostraban ser mas celosos para el trabajo y mas inteligentes. Algunas mujeres llevaban escasos cubridores ó delantales de algodón, y otros mantos del mismo, pero la pluralidad estaba enteramente en cueros. Sus moradas eran sencillas, en forma de pabellones ó tiendas redondas de campaña, construidas con ramos de árboles, cañas y hojas de palma limpias y cómodas, y protegidas por los extendidos brazos de hermosos árboles. Sus lechos, redes de algodón colgadas por ambos extremos: ellos los llamaban *hamacas*, nombre que se ha adoptado universalmente por los marineros.

Al circunnavegar la isla, encontró Colon á dos leguas del cabo del Nor-Oeste un extenso puerto, capaz de contener cien bajeles, con dos entradas formadas por una isleta que le servia como de puerta. Descansó en ella, Colon mientras desembarcaron los marineros á llenar de agua sus toneles, recreando su ánimo á la sombra de las arboledas, que dice eran las mas deliciosas que jamas habia visto. Estaba el campo tan



Descubrimiento de tierra.

fresco y verde, como suele por mayo en Andalucía; los árboles, los frutos, las yerbas, las flores, hasta las mismas piedras, eran en general tan diferentes de las de España, como el dia de la noche. Los habitantes dieron las mismas pruebas que los otros isleños de serles totalmente nueva la vista de hombres civilizados. Miraban á los españoles con terror y admiracion, y se acercaban á ellos con ofrendas propiciatorias de cuanto su pobreza, ó mas bien su vida natural y sencilla les proporcionaba; los frutos de sus campos y selvas, el algodón, que era el artículo de mayor valor que tenían, y sus loros domesticados. Cuando los españoles desembarcaron por agua, los

llevaron á los mas frescos manantiales, á las mas dulces y cristalinas fuentes, llenándoles los toneles, rodándolos á los botes, y esforzándose por todos los medios imaginables en agasajar á sus celestiales huéspedes.

En alto grado maravilloso era para un poeta este maravilloso cuadro del estado primitivo, pero no era la poesía el móvil que guiaba á los expedicionarios, siendo por el contrario un continuo manantial de pesar el ver desvanecidos los sueños que formara su codicia sobre las escasas muestras de oro que habian visto, y las repetidas noticias de auríferas islas que recibian sin cesar de los indios.



Primer desembarco de Colon en el Nuevo-Mundo.

El cuadro que á sus atónitos ojos se desplegaba presentando tan vivo contraste con la sociedad donde por tan largos años de su vida vivieron rodeados de continuos sinsabores y encarnizada, hechos de intereses, hacia renacer en su alma pensamientos dulces y tiernos que habian desaparecido de su pecho cuando rasgóse el velo de su inocencia.

Dejando la Fernandina en 19 de octubre, tomaron el rumbo del Sud-Oeste en busca de una isla llamada Saometo, adonde entendió Colon, por los signos de

los guias, que se encontraba una mina de oro, y un rey morador de cierta opulenta ciudad, poseedor de grandes tesoros, y que se adornaba con ricas telas y joyas de oro, como soberano de todas las islas del rededor. Encontraron sí la isla, pero no la mina ni el monarca; ó bien entenderia mal Colon á los indios, ó ellos, midiéndolo todo por su propia pobreza, habrian exagerado el miserable señorío y triviales adornos de algun caudillo salvaje. Colon celebra, empero, la belleza de la isla, á la que dió el nombre

de su real patrona Isabel. Por deliciosas que fuesen las otras que había visto, ninguna podía compararse con aquella. Como las demás, estaba cubierta de árboles, arbustos y yerbas de desconocida especie, y de la rica vegetación de los trópicos. El clima tenía la misma suavidad de temperatura; el aire delicado y fragante; la tierra mas alta, y con una hermosa y verde colina; la costa de fina arena lavada por plácidas y transparentes ondas.

Colon estaba absorto contemplando la belleza y paisaje de aquella isla: no sé, decía, adonde ir primero, ni se cansan jamas mis ojos de contemplar esta preciosa verdura. Al Sud-Oeste de la isla encontró abundantes lagos de agua dulce, coronados de árboles, y rodeados de feraces praderías. Mandó que se llenasen en ellos todos los toneles de los buques. «Aquí en unas grandes lagunas, dice en su diario, y sobre ellas y á la rueda es el arbolado en maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes, y las yerbas como en el abril en el Andalucía, y el cantar de los pajaritos, que parece que el hombre nunca se quería partir de aquí, y las manadas de los papagayos, que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla; y despues hay árboles de mil maneras, y todos de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el mas penado del mundo, de los no cognoscer, porque soy bien cierto, que todos son cosas de valia, y de ellos traigo la muestra, y asimismo de las yerbas.» Empeñado Colon en descubrir las drogas y especias de Oriente, al acercarse á esta isla imaginó que sentía en el aire de ella los olores que exhalan las del mar Indio. «Al llegar á este cabo, dice, vino el olor tan bueno y suave de flores ó árboles de la tierra, que era la cosa mas dulce del mundo. Creo que ha en ellas muchas yerbas y muchos árboles, que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especeria, mas yo no los conozco, de que llevo gran pena.»

Los peces abundaban en aquellos mares, y participaban de la novedad característica á todos los objetos del Nuevo-Mundo. Rivalizaban con los pájaros en la brillantez de sus colores, y reflejaban las escamas de algunos los rayos de luz, como lo hacen las piedras preciosas; al jugar por junto á los barcos, lanzaban vislumbres de oro y plata al traves de las claras olas; y los delfines, arrancados de su elemento, deleitaban la vista con los cambios de colores que asigna la fábula á los camaleones. No había en estas islas otros animales que lagartos, perros mudos, cierta especie de conejos, llamados utia por los indios, y guanacos. El último le miraban los españoles con horror y asco, suponiendo que fuese alguna fiera y nociva serpiente; pero luego conocieron su mansedumbre y supieron que la estimaban como un manjar exquisito los indios. Por muchos dias se mantuvo Colon cerca de esta isla, buscando en vano su imaginario monarca, ó los medios de entablar relaciones con él, hasta que al fin trabajosamente se convenció de su error. Pero no bien se había desvanecido esta ilusion, cuando ocupó otra su lugar. En respuesta á las continuas preguntas de los españoles respecto á las fuentes de donde sacaban el oro, habían los indios unánimemente señalado al Sur. Colon empezó á reunir noticias de una isla que estaba en aquella direccion, llamada Cuba; pero cuanto podía colegir acerca de ella por los signos de los indígenas, lo doraba y engrandecía él en su propia imaginacion. Entendió que era muy extensa, que abundaba en oro, perlas y especias, que sostenia grande comercio de estos preciosos artículos, y que muchos buques mayores venian á traficar con sus habitantes.

Recogidos estos datos, los correlacionó con las explicaciones de Marco Polo sobre las costas de Asia, y uedujo de tal cotejo que la isla en cuestion era la de

Cipango, y los buques los del gran Khan, que comerciaban por aquellos mares. Formó su plan con arreglo á estas suposiciones, resolviendo darse inmediatamente á la vela en busca de aquella célebre isla, examinar sus puertos, ciudades y productos, y establecer desde luego sus relaciones mercantiles. Despues pensaba buscar otra llamada Bohio, de que los naturales hacian tambien maravillosas pinturas. Su morada en aquellas islas dependeria de las cantidades de oro, especias, piedras preciosas y otros objetos de tráfico oriental que encontrase. Despues pasando al continente indio, que deberia estar á unos diez dias de navegacion, buscaria la ciudad de Quinsay, que, segun Marco Polo, era una de las mas suntuosas capitales del mundo, entregaria en ella en persona las cartas de los soberanos de Castilla al gran Khan, y cuando recibiera su respuesta, volveria triunfante á España con este documento, probando que había acabado el grande objeto de su viaje. Tales eran los espendidos proyectos con que alimentaba Colon su fantasía, al dejar las Bahamas y salir para la isla de Cuba.

CAPITULO III.

DESCUBRIMIENTO Y COSTAS DE CUBA.

(1492.)

DILATARON por muchos dias la partida de Colon continuas calmas y vientos contrarios acompañados de copiosos aguaceros. Era la estacion de las lluvias otoñales, que en los climas tórridos suceden á los calores del verano, desde la menguante de la luna de agosto hasta el mes de noviembre.

Al fin, se dió á la vela el 24 de octubre á media noche; pero no pudo alejarse de la isla Isabela, por haber tenido calma hasta el dia siguiente, cuando á cosa de las doce se levantó un viento suave, que empezó á soplar, como él dice, amorosissimamente. Se extendieron todas las velas, tomando el rumbo del Oes-Sud-Oeste, direccion en que decian los indios que estaban las tierras de Cuba. Despues de tres dias de navegacion, durante los cuales tocaron á un grupo de siete ó ocho islas pequeñas, que él llamó islas de arena, ahora las Mucaras, y habiendo atravesado el banco y canal de Bahamá, llegó el 28 de octubre por la mañana á la vista de Cuba. La parte que descubrió primero, se supone que sea la costa occidental de Nuevas del Principe.

Al arribar á esta isla quedó sorprendido de su magnitud, de la grandiosidad de sus contornos, de sus encumbradas montañas que le recordaban las de Sicilia, de la feracidad de sus valles y dilatadas llanuras bañadas por caudalosos rios, y coronadas de suntuosas y altas florestas, y de sus audaces promontorios y extendidos cabos que se desvanecian á la vista en remotísimas distancias escondiendo sus cúspides en el azul del horizonte. Ancló en un hermoso rio, libre de rocas y bancos, de transparentes aguas y márgenes vestidas de árboles. Y desembarcando, y tomando posesion de la isla, le dió el nombre de Juana, en honor del príncipe D. Juan, y al rio el de S. Salvador.

A la llegada de los buques salieron dos canoas con indios de la costa; mas al ver que se acercaban los botes á sondear el rio para buscar surgidero, huyeron amedrentados. El Almirante abandonó dos chozas abandonadas por sus dueños. Contenian pocos efectos, algunas redes hechas de fibras de palma, anzuelos y harpones de hueso, y otros instrumentos de pesca, y un perro de los que había visto en las otras islas que nunca ladran. Mandó que á nada se tocara, contentándose con observar los medios y modo de vivir de los habitantes.

Volviendo á su bote, siguió navegando rio arriba, cada vez mas gozoso al contemplar la hermosura de aquel pais. Las florestas que cubrian ambas orillas, eran de altos árboles de dilatadas y anchas copas; mu-

chos cargados de frutos, otros de flores, y aun algunos de flores y frutos mezclados, como si tuviese la tierra un círculo perpétuo de fertilidad: entre ellos había palmas, pero diferentes de las de España y Africa: con sus grandes hojas formaban los indios los techos de sus chozas.

Los exagerados elogios que prodigó Colon á la belleza del paisaje, los justifica el maravilloso cuadro que se desplegaba ante su vista. Es inexplicable el esplendor, variedad y pomposa vegetación de aquellos ardientes y vivificadores climas. El verdor de las arboledas y los matices de las plantas y las flores forman una beldad que no puede encarecerse; añádate la pura transparencia del aire y la profunda calma de los azules cielos, las florestas tambien llenas de vida, atravesándolas de continuo bandadas de pájaros de brillante plumaje, la inmensa variedad de loros y picamaderos que bullen por la selva, las numerosas avejillas que vagan de una flor á otra parecen por su vivo lustre, como alguno ha dicho, particulas finas del arco Iris, y los flamencos, fenicópteros escarlatas, que suelen verse tambien por las aberturas de la floresta en algun distante llano, formados en escuadron como los guerreros, con una escucha alerta para dar noticia del cercano peligro, y podrá concebirse toda la belleza de aquel cuadro. Ni es la seccion menos bella de la naturaleza animada la que encierra tantas tribus de insectos que pueblan todas las plantas, haciendo alarde de sus brillantes cotas de malla que resplandecen como joyas preciosas.

Sublime y grandioso es el esplendor de la creación animal y vegetal en aquellos climas, en donde un sol ardiente comunica su propio lustre á todos los objetos, y vivifica la naturaleza y la llena de exuberante fecundidad. Las aves no se distinguen en general por su melodía, habiéndose observado que rara vez se junta en ellas la dulzura del canto con la brillantez del plumaje. Colon observó, empero, que las de varias especies cantaban melodiosamente entre los árboles, y con frecuencia se engañaba creyendo que oía la voz del ruiseñor, pájaro desconocido en aquellas regiones. Estaba Colon, en efecto, dispuesto á verlo todo á traves de un propicio y favorable medio. Su corazon rebosaba en la plenitud del júbilo de haber alcanzado sus esperanzas, y el duro pero glorioso premio de sus trabajos y peligros. Todo lo contemplaba con el amoroso ojo del descubridor, mezclando la admiración con el triunfo; y es difícil concebir los éxtasis de su ánimo, mientras exploraba y admiraba las gracias un mundo virginal, ganado por su genio y por lo grande y atrevido de sus empresas.

De sus repetidas observaciones acerca de la belleza del pais y del placer que evidentemente le causaban los sonidos y objetos rurales, se infiere que fue en extremo susceptible á aquellas deliciosas influencias que ejercen en algunas imaginaciones las gracias y prodigios de la naturaleza. Expresa estos sentimientos con característico entusiasmo, y al mismo tiempo con infantil sencillez y dición. Cuando habla de algun bello paraje de las arboledas ó floreciente costa de aquella hermosa isla, dice, que podría vivir eternamente en ella. Cuba grabó en su mente las imágenes del Eliseo. «Es la mas hermosa isla, añade, que jamás vieron los ojos humanos, llena de excelentes puertos y profundos rios.» El clima mas templado que en las otras islas; las noches ni frias ni calurosas, y los pájaros y las cigarras cantaban toda ella. En efecto, es inexplicable la belleza de las noches de los trópicos, en la profundidad de su cielo azul y diáfano, en la pureza y despejo de las estrellas, y en la luz resplandeciente de la luna, bañando el rico paisaje y odoríferas arboledas, mas encantadoras que el mismo esplendor del dia.

En el olor de los bosques y de las flores de que venia cargada la brisa, imaginaba Colon reconocer la

fragancia de las especies orientales, y encontró por las playas conchas de las ostras que producen perlas. Por la yerba que crecía hasta la misma orilla del agua, conoció la mansedumbre del Océano, que baña aquellas islas, sin azotar jamas sus costas con embravecidas ondas. Desde su llegada á las Antillas no había experimentado mas que suave y bonancible tiempo, de donde concluía que reinaba perpétua serenidad en aquellos felices mares. Lejos estaba de sospechar que las combaten á veces furiosísimas tempestades. Charlevoix observa por esperiencia propia, que «es la mar de aquellas islas mas pacífica en general que las nuestras; pero como el furor de las gentes que se excitan con dificultad, y cuyos accesos de cólera son tan violentos como raros, así es terrible aquella mar cuando llega á irritarse.» Rompe todos los diques, inunda los campos, arrebatando lo que se le opone, y deja detras temerosas reliquias y asolacion, por donde quiera que llevó sus huellas. Despues de estas tormentas; conocidas con el nombre de huracanes, es cuando se encuentran las playas cubiertas de conchas marinas, muy superiores en lustre y belleza á las de las mares europeas.» Es un hecho singular, empero, que los huracanes, que casi anualmente devastan las Bahamas, y otras islas inmediatas á la de Cuba, rara vez han estendido su funesta influencia á esta tierra favorecida. Podria decirse que es tal su belleza, que hasta los elementos deponen ante ella sus furores gozándose en contemplarla.

En una especie de tumulto de la imaginacion, encuentra Colon á cada paso corroboraciones de las noticias que ha recibido, ó cree haber recibido de los indios. Tenia pruebas concluyentes, en su sentir, de que poseía Cuba minas de oro, y arboledas de especias, y de que las aguas cristalinas de sus costas abundaba en perlas. No dudaba estar en la isla de Cipango, y alzando velas, comenzó á costearla hácia el Occidente, en cuya direccion, segun los signos de sus intérpetres, estaba la magnífica ciudad del rey. En el discurso del viaje solia desembarcar, y visitó varios lugares; particularmente uno en las márgenes de un ancho rio, al cual puso rio de Mares. Las casas le parecieron muy ingeniosamente construidas de brazos de palmas en la forma de pabellones; no formaban calles, sino que estaban diseminadas entre los bosques, y bajo la sombra de árboles de frondosa copa, cual suelen las tiendas de un campo militar: así se usan aun en muchas colonias españolas, y en el interior de Cuba. Los habitantes huían á las montañas, ó se ocultaban en los bosques. Colon observó cuidadosamente la arquitectura y muebles de sus moradas. Las casas estaban en extremo limpias, y mejor edificadas que todas las que hasta entonces había visto. Encontró en ellas rudas estatuas y mascarones de madera entalladas con arte admirable. Todas estas eran indicaciones de mas arte y civilizacion que había observado en las otras islas, y suponía que iria en progresion ascendente, á medida que se acercaba á tierra firme. Viendo por todas las casas instrumentos de pesca, concluyó que aquella costa estaba habitada solo por pescadores que llevaban su mercancía á las ciudades del interior. Tambien creyó haber encontrado el cráneo de una vaca, lo que probaba que había ganados en la isla; aunque serian probablemente huesos del manatí, ó foca de aquella costa.

Despues de navegar por algun tiempo al Nor-Oeste, avistó Colon un grande cabo, al cual por las arboledas de que estaba cubierto, llamó cabo de las Palmas; este cabo forma la entrada oriental de lo que se llama hoy laguna de Moron. Aquí tres indios naturales de la isla de Guanahani, que estaban á bordo de la Pinta, le dijeron á su comandante Martin Alonso Pinzon, que detras de aquel cabo había un rio, desde el cual solo quedaban cuatro dias de camino para lle-